



objetos_personales

SERIAL SPOILER

Leticia Obeid



objetos_personales



Leticia Obeid
Serial Spoiler

© Ubu ediciones, 2022

ISBN: 978-987-8495-19-4

148 p.

Colección Objetos Personales

Directoras: María Stegmayer y María Fernanda Pinta

Diseño de la colección: Agustina Stegmayer

ISBN 978-987-8495-15-6



9 789878 495156

SERIAL SPOILER

Leticia Obeid



Hay series sobre la familia; hay series sobre la soltería; sobre el trabajo o sobre caerse fuera del trabajo; sobre la política; sobre el poder; sobre el dinero: ganarlo, perderlo, o rifarlo; sobre la Sala Oval de la Casa Blanca; sobre la debilidad de la mujer; sobre la fuerza de la mujer; sobre la depresión; sobre la pérdida; sobre el duelo; sobre la violencia; la justicia; el amor; la vejez; el sexo; la educación sexual; los experimentos afectivos; la vivencia del cuerpo propio; la dieta; la enfermedad; la policía; una agencia de actores; la vuelta al pueblo; el siglo XIX; la posguerra; la Edad Media; el viaje en el tiempo; el miedo a lo árabe; el miedo a lo latino; la paranoia; el espionaje; el nacimiento de la obstetricia popular en los barrios pobres de Londres o la práctica de la psicología por fuera del consultorio. Para cada etapa o momento de la vida de cada género, hay series.

Las mejores series, las más intensas, quizás ya las vi.
Qué pena no haber escrito sobre ellas en el momento en que
me impresionaron:

Justified

Saving Grace

The Fall

Happy Valley

The Killing

Forbrydelsen

Bron-Broen

The Bridge

Call the Midwife

Borgen

Top of the Lake

Line of Duty

Miss Fisher's Murder Mysteries

The Bletchley Circle

The Crown

River

Jessica Jones

Mad Men

Billions

Paranoid

Y luego las que no me gustaron tanto pero miré igual:

Homeland

House of Cards

Game of Thrones

Breaking Bad

Marcella

Doctor Foster

Suits

Sense 8

Trapped

Marseille

Stranger Things

Luther

Jack Taylor

y las que empecé y no pude seguir porque no me convencieron:

Aquarius

Lilyhammer

Secrets and Lies

Ascension

Tú, yo y ella

Hinterland

Wallander

Black Mirror
Grace and Frankie
The Americans

¡Y las que no ví!

Por ejemplo:
Los Soprano
Lost

SCANDAL

Hoy Olivia le dio el visto bueno a la autobiografía de Mellie. Mellie eligió la foto de portada. También fue a ver a su ex esposo a la Casa Blanca, Fitz, el POTUS (President of the United States of America). Le llevaba al hijito de visita, cuando del baño de la habitación en suite del presidente salió una rubia muy joven, en bata. Mellie se enojó y se llevó al chico.

Cyrus pone fichas en su próximo presidente: Gobernador Frankie Vargas, de Pennsylvania. Lo llevó a varios programas de televisión para hablar de su reciente momento de héroe, cuando desarmó a un loco suprematista y aprovechó para hablar de una reforma integral de la ley educativa: que todo sea gratis, para todos, como en el Paraíso antes del Pecado Original.

Susan llegó por accidente a vicepresidenta pero ahora se tiene más confianza y quiere pasar al próximo nivel. Tiene pasta pero no va a ser fácil competir con Mellie. Mellie sabe, es inteligente y está un poco loca, lo suficiente para querer ser la primera presidenta de los Estados Unidos de América.

Jake tiene novia nueva: es la mismísima Ava Crowder, de *Justified*. Olivia tiene celos, y también dudas: ¿desde cuándo un asesino a sueldo quiere sentar cabeza, casarse con una chica de buena familia, hacerse el bueno? Esto es obra del hijo puta de mi viejo, piensa. Así que ahora vigila a Jake, en su tiempo

libre. Lo sigue en auto, lo observa, la ñata contra el vidrio. El se da cuenta; es el director de la Agencia Nacional de Inteligencia, después de todo.

Olivia quiere delatar a los agentes del Servicio Secreto Presidencial, que encubren la muerte de una mujer en una fiesta de sexo y drogas. Pide turno para la oficina Oval. Cuando entra, la estufa a leña está prendida, las luces iluminan suavemente los adornos del escritorio. Ella se para en la alfombra circular del águila y respira hondo, pasando los dedos por el borde del escritorio lustrado con sus hermosas uñas pulidas en color siena. Cuando llega el POTUS, ella dice con voz de sibila: el pescado se pudre desde la cabeza.

El problema del maquillaje

Hacia la segunda temporada algo pasó y de repente Mellie y Abby aparecieron con las cejas pintadas, reforzadas. Ahora Mellie y sus cejas están buscando apoyo financiero para la campaña. Tuvieron una reunión con Hollis Doyle, un billonario del petróleo, con entretejido color patito y acento tejano, muy maleducado. Por ejemplo cuando visita al presidente, se sienta en su lugar.

Dos asesinos enamorados

Quinn está noviendo con Charlie, ex B613. Se conocieron practicando tiro, les gusta tirar, matar y torturar pero no entre ellos.

Whisky

En Scandal se toma mucho, de botellas cinceladas con tapón de cristal. Se sirven y yo siento el calor en la garganta. ¿Fumar? ninguno.

Campaña

Largó nomás.

Corren: Mellie Grant, Susan Ross, Hollis Doyle y ahora también un senador que fue novio de Olivia. Ah, y Frankie Vargas. Abby hizo echar a Cyrus Beene, y le dieron su puesto; ahora es la nueva Jefa de Gabinete, cada día más flaca. David Rosen le vino

a pedir consejo porque está entre dos mujeres: Susan Ross y Liz Norton, su jefa de campaña. El dilema es así: Susan es buena, el sexo es tranquilo. Liz es malísima, pero gran amante. Me juego que Abby le va a decir algo así como: ¿por qué no probás de hacer alguna chanchada con Susan? Capaz funciona. Veremos.

A Mellie la llevan a comer hamburguesas a Gettysburger, para hacerla parecer popular, le dicen cuál pedir, qué hacer: una Lincoln doble, hablá con la gente.

Sale todo mal con Mellie y yo me quedo con hambre de: tocino, panceta tostada, hamburguesa, pepinitos en vinagre, papas fritas con ketchup, aros de cebolla, buñuelitos de algo
huevo frito
lechuga
queso
y el pan, con sésamo. Eso sería todo.

¡Susan está fumando! Es por los nervios y además porque se enteró de que su novio anda con otra. Cuando sepa quién es la otra, eso sí que va a ser Gettysburg.

Siguen las complicaciones. Se resuelve una, aparecen dos. Ahora el ex vicepresidente salió de su silencio provocado por una hemiplejía o algo así causada por Huck, el matón de Olivia.

Recuperó el habla, y está dispuesto a usarla para contar todos los pecados de la administración de Fitz. Y quizás algunas cosas extra.

Los protagonistas están ocupados en mantener el poder, parecen no tener tiempo para gobernar. Los momentos más comprometidos son la guerra, los ataques terroristas, las catástrofes del clima, Rusia, China y el mundo árabe; las únicas cosas que provocan algún tipo de urgencia política.

El amor

Olivia se reencuentra con Jake, a punto de casarse con otra. Casi le rompe la boda, pero al final: él no es Fitz. Tiene todo, pero le falta eso.

¡Cuántas cosas pasaron!

¡pasó una temporada completa!

Soñé que se había acabado el mundo. Las cosas, las personas estaban ahí, pero el fondo, en vez de cielo era un gris plano, de pantalla de tv. Detrás de las ventanas no había nada, todo era una especie de escenografía. La gente seguía haciendo sus cosas, íbamos al super, a mi me costaba conseguir cigarrillos, pero todo era gratis: sentarse a comer en un restaurant o el kiosko. Me preocupaba el futuro pero a la vez sabía que íbamos a encontrar alguna solución, al menos provisoria.

HOUSE OF CARDS

Empezó opaca pero logró algo suficiente: crear una atmósfera. Todas las escenas están filmadas con poca luz, parece un lugar donde el sol no entra nunca, pero los colores armonizan, los objetos brillan, la madera resplandece suavemente, las telas son suaves, las manos, finas.

Tecnología versus tierra

Sacaron de juego al gobernador, ese bebote hermoso que hacía de policía en *The Killing*.

Será una pena no volver a ver su rostro, su espalda ancha, la boca rosita, las manos grandes, rollizas, cortadas por el anillo de boda.

Entre Robin Wright y Kevin Spacey sigue habiendo una diferencia de fuerzas: él mata, mató varias veces y cobra más dinero.

Las charlas con el presidente ruso son caricaturas modeladas durante la guerra fría, grotescas, rancias, inverosímiles.

Soñé que me regalaban un collar de plata, de hilos muy finos, del centro salían varias cadenitas, como un árbol invertido, que en las puntas tenían letras. El collar me dejaba marcas rojas en la piel como en una yerra.

Extraño *Scandal*. Es más humanista.

SUITS

Creo que todas las horas mirando trabajar a Jessica, Harvey, Louis, Mike me pueden enseñar a negociar. Mike es un abogado sin título, pero aprendió de oficio, y tanto pero tanto sabe que los demás le guardan el secreto.

Disfraz

El maquillaje no logra tapar del todo la vida en las pieles de los actores; la cámara caza pelos, bultos, lunares y pozos, pintura desbordada, cejas, remolinos.

Vestuario

¿Será que la misma modista las viste a todas? Será. Volados verticales, proezas de la gravedad, faldas tubo de algún material galáctico, fajas para mantener los músculos en tensión de flecha en el arco, colores marfil, perla, niebla de río, tacos altos de charol.

Darse cuenta

Quiero que Harvey y Donna se den cuenta de que se aman y son el uno para el otro.

Hoy Mike dijo “Winter is coming”. Se cumple la regla de que una producción cultural es más popular cuanto más cite a otras.

El personaje de Louis Litt es la prueba de que con una buena narrativa, hasta el ser más grotesco se puede volver adorable, confiable, presidenciable, etc.

Cuando aprendemos: ¿nos corrompemos? ¿qué influencia tiene la experiencia? o mejor dicho: ¿qué convierte a una experiencia en tal? ¿es la reflexión?

Idas, vueltas y percances en la vida de Confianza

Pongo Netflix, como una radio que me acompaña mientras ordeno la casa. En esta temporada reaparece el fantasma del fraude. Pero ahora noto que toda la serie está armada sobre el tema de la construcción de la confianza.

Vocabulario

Cada vez que escucho la palabra *revenue* me acuerdo de la mujer de Walter White en *Breaking Bad*, no sé por qué. Es una palabra de la jerga económica, que suena muy elegante. Y hablando de lenguaje: qué difícil congeniar la ligereza en el ritmo con la pesadez del lenguaje técnico. Enfatizar, simplificar, acortar o mechar el vocabulario, para que no nos aburramos, nosotros, los ignorantes. Es como la pincelada suave que ablanda los vértices de una perspectiva geométrica, la trampa que hay que hacerle al ojo, para que crea. Otro juego de equilibrio en el guión: ir del cambio a lo que se repite, una y otra vez. Las personas y las relaciones crecen y decrecen, aprenden y desaprenden.

El blanco

Las series están modificando probablemente el paisaje tecnológico y viceversa. Ahora se pueden ver en una multitud de soportes: pantallas de tv, teléfonos, tablets, computadoras. A su vez, la posibilidad de verlas en formatos pequeños propicia una recepción individual, íntima. Si bien pueden ser compartidas al mismo tiempo por varias personas en alguna situación típica de living y tv, cada vez es más común verlas de a uno. Así como hace un tiempo se empezó a oír parejas relatando algunas escaramuzas provenientes de que uno de los dos se había adelantado al otro en mirar algún capítulo, como en una especie de infidelidad narrativa, últimamente se oye más y más que cada uno mira lo que quiere, en su propio dispositivo. Esto tiene dos efectos: por un lado ha hecho de las series algo parecido quizás a lo que la novela fue en el siglo XIX, un objeto de recepción individual que, si bien puede compartirse con otros y ser comentado y discutido, en verdad se mira y se lee en soledad, mano a mano con el material mismo. En ese sentido tal vez no sea muy erróneo pensar que satisface un deseo humano de narración, de cuentos, historias y ficciones. El otro efecto (aunque según desde donde se mire podría pensarse como una causa) es la sectorización que las series están alcanzando, la manera como han ido encontrando públicos cada vez más específicos, nichos de consumo o, para usar una palabra en inglés que tiene ciertos tintes bélicos: el target.

El target, o blanco, es un término de la publicidad

El target, como tal, es el segmento del mercado al cual va dirigida una acción de marketing. Los segmentos de mercado se determinan considerando criterios tales como la edad, el sexo y el nivel socioeconómico o educativo de los potenciales consumidores para los cuales se ha diseñado un producto o servicio, entre otras cosas. <https://www.significados.com/target/>

TWIN PEAKS II

Dale Cooper/Dougie Jones llega con la corbata en la cabeza. Naomi Watts hace panqueques y prepara los sanguchitos para el hijo. No lo mira, suena *Take five*.

Dougie no sabe usar los cubiertos, copia al hijo. Ella le sirve el café, siempre sin mirar.

GIPSY

Una sola cosa buena tiene, aparte de Naomi Watts: la idea de que el terapeuta decide cruzar el borde e incidir en la realidad exterior de los pacientes.

A veces, ver una serie me contagia una forma de mirar, un ritmo, y me deja pensando en la historia y sus personajes como si fueran amigos o parientes. Y también sucede a veces que ya he visto a un actor o actriz en otra serie, he convivido con su rostro y gestos y me cuesta sacarme esa memoria al verle en otro papel. Este deja vu prolongado se parece a escuchar la misma voz en diferentes doblajes.

HATFIELDS AND MACCOYS

Es un gran comienzo el rostro algo ajado de Kevin Costner. Estamos en 1880, recién termina La Guerra de Secesión. Hora uno, minuto uno del primer capítulo: aparece el romance prohibido. Roseanna McCoy y Johnse Hatfield son Julieta y Romeo, y los vamos a querer, probablemente. Cuesta seguir el árbol genealógico pero ya se va a acomodar.

Es el día de las elecciones, y hay una feria en el pueblo. La esposa de Randolph mira las ollas a presión, finge escepticismo pero está intrigada. El esposo le dice: un día te voy a comprar una olla enorme que funcione con *electricidad*.

Un hombre le vende un violín usado a otro; sellan el trato escupiéndose las manos antes de estrecharlas, todo tiene el color pardo del otoño y la madera. Hora y veinte, Roseanna y Johnse ya cogieron, los hermanos de ella le pegan un tiro, un tiritito nomás. Su padre la echa de la casa así que ahora se agrega a la familia enemiga. Ellos, contentos, enamorados, se quieren casar. Se desnudan, se meten en el lago, de fondo, violines y banjos.

Ah, el amor, así pasa un año en dos minutos ¡esos son guionistas y no macana!

Pero las cosas se van complicando más y más, armas, whisky destilado en casa y hombres pendencieros. Atacan al hermano

más pacífico de Anse Hatfield, el bueno. Lo dejan casi muerto. El clan sale a cazar a los McCoy pero la policía se adelanta. Hay un debate en el bosque sobre si apearse a la ley de Kentucky o a la de Virginia, uno dice la ley no vale ni un balde de saliva. Sus tonadas son fuertes, como el sonido de las pisadas de los caballos, quebrando ramitas. Cuando el hermano bueno muere, el pastor dice: pasó al Río Jordán a cantar con los ángeles. Roseanna elige un ataúd pequeño para su hijita, le pregunta a su tía: ¿creés que cuando yo llegue al cielo ella me va a reconocer? La tía le contesta tus hermanos la van a cuidar y vos los vas a reconocer a ellos. Ella dice: mis hermanos asesinaron, no van a estar en el cielo. Nunca había pensado en esto de que los seres queridos deberían tratar de ir todos al mismo lugar después de muertos. A mi me gustaría elegir a quiénes volver a ver, a quiénes no.

El miedo, el miedo y la vida; el miedo a la vida, a la muerte, al frío, a la separación.

El fuego, el hogar, el calor, el amor. De eso está tejido todo y la guerra entre ellos es una réplica de la guerra civil. Y las guerras familiares son como guerras civiles, todos pierden todo.

De la guerra saben los hombres, las mujeres razonan y sienten. Sally dice: "cuando muera quiero mi cuerpo destruido por *electricidad*".

OZARK

Que el ciudadano de clase media es una especie de esclavo, que el aburrimiento mata y que el crimen despierta el deseo de vivir. Luego está la insistencia reciente en situar las historias en el interior, que habla seguramente de la angustia que le produce al artista o al productor de Hollywood la presidencia de Trump.

Muy diferente era *Justified*, donde se desplegaba una variedad tan enorme de grados entre el bien y el mal que no se podía más que amar a todos los personajes: el policía, el criminal, la mujer cuyo amor se disputaban, la ex y los personajes secundarios. Era tal la magia de esa atmósfera que el potlatch final fue también poesía.

Ozark en cambio es oscura, un verde plumizo prima en cada cuadro y las personas aceptan la entrada del mal en sus vidas con naturalidad. No me gusta esa suposición de que los pueblos son malignos por defecto, es una idea que intenta balancear la creencia en una inferioridad de lo “provinciano” yendo al otro extremo. Pero no: ni tanto ni tan poco. Las diferencias en todo caso están en el manejo de la vida privada, si se quiere: el ciudadano de ciudad pequeña tiene que manipular las apariencias de tal forma que siempre haya cierta opacidad. Un ciudadano no puede entender estas maniobras, por eso el retrato del pueblo-chico-infierno-grande suele fallar a menos que su constructor conozca el código y pueda hacer una traducción verosímil.

Pero Ozark la tiene a Laura Linney. Laura-Truman Show-Linney. La que hacía las propagandas de cocoa en la cocina de la casa que compartía con Jim Carrey. ¿Cómo olvidar esa cara de lunática de secta evangelista? ¿Cómo privarse de ver ese rostro de pan suave, con las nuevas señas del tiempo pasado? Es algo realmente maravilloso. Ella, y ver envejecer a un actor, a una actriz.

Me quedo.

La familia de *Ozark* se funda en un compromiso de transparencia, donde la mujer es, si no una igual, por lo menos una aliada por propia decisión. En esa diferencia se puede ver un cambio de paradigma ocurrido en los últimos años; de hecho el episodio 6 se llama *El libro de Ruth*, en alusión a uno de los personajes pero también a una parte de la Biblia que algunas feministas consideran un homenaje a la autonomía y la fortaleza femeninas.

Le insuflan plata del narcotráfico al pueblo, que empieza a florecer. Aún así, todavía no encuentran una actividad que les sirva para lavar más volumen. Ya se han acumulado ciertas evidencias de que el negocio pueden ser los animales.

Ozark toca una fibrita que esa nación sin pueblo nunca quiere nombrar como dolor: el exilio.

Oír

El sonido, cuando se adelanta a la escena, hace de ligazón, como escribir en cursiva.

Gesto

Las series son el equivalente en nuestra cultura actual a lo que la radionovela supo ser en los albores de la radio, y la telenovela con la llegada del televisor a los hogares. Quizás las series tienen un alcance aún mayor, porque aquellas estaban todavía fijadas a un lugar estático (el aparato de radio, el hogar) y un horario muy reducido, apuntando a las mujeres que trabajaban en su casa y que podían estar disponibles para oír o ver dentro de una franja de horario comercial, de oficina y fabril. La radio y la televisión, o el proyector del cine, un dispositivo mucho más colectivo, eran como los campanarios de las iglesias en la Edad media: ataban el tiempo a un lugar. Con las computadoras personales el acceso a las imágenes se atomizó más aún.

Las series, una vez desprendidas de una grilla de programación (aunque aún hay una pelea por retenerlas en la televisión, con sus emisiones semanales en los canales con mayor presupuesto como HBO, o FOX, o plataformas de streaming como Netflix y Hulu), se pueden ver en cualquier momento, y desde cualquier lugar. Las podemos interrumpir, retomar o volver a ver cuantas veces queramos. Hay series que son tan exquisitas visualmente, que dan ganas de verla con el dedo sobre la barra espaciadora

para parar a cada rato a revisar la escenografía, el vestuario, los encuadres.

El gesto de mirar, hoy, está ligado al gesto de tipear.

I LOVE DICK

Impresiones y consecuencias enormes en las ideas, más y de todas las personas que puedan leer ese libro, leer la serie. Me gusta lo que dice sobre lo personal, lo confesional, lo autobiográfico, que son materiales que deben escribirse y leerse sin pudor, como cualquier otra cosa, porque la identidad individual es trivial y la unicidad es relativa.

Describir un conjunto de emociones y experiencias –que se han vuelto experiencias justamente a partir de la reflexión– es tan personal como documentar la luz que cae sobre un objeto, un paisaje, lo que sea. Ese “yo” intenta, con su torpeza y sus limitaciones, si las hay, hacer algo de filosofía, generalizar, sacar alguna conclusión. ¿Por qué negárselo? –una vida significativa: ¿quién no la desea?

Ahí lo vi actuar a Kevin Bacon, que después me lleva a:

THE FOLLOWING

Crimen y literatura y crimen. No me gusta pero la sigo mirando porque me gusta él y su personaje también. La actriz es la ex de Timothy Olyphant en *Justified*, la peor actriz del mundo, le secuestran al hijo y ella como si hubiera perdido la billetera nomás; el villano también es insoportable, impostado, un asesino serial, profesor de literatura, que planea sus crímenes siguiendo los cuentos de Edgar Allan Poe y arma desde la cárcel un culto de asesinos estéticos, digamos, gente común que lo admira y va conformando una especie de ejército centrado en el estilo.

También están los llamados constitucionalistas extremos, que son suprematistas anti Estado, una milicia que quiere recuperar la pureza de los orígenes. En un momento nombran la explosión del edificio Murrah, en Oklahoma, 1995. Este hecho era central en la historia de Grace Hanadarko, actuada por Holly Hunter. La serie se llama *Saving Grace* y sería el equivalente a *Justified* pero en mujer. Una pequeña obra maestra de la cultura yanqui.

Acá en *The Following* también hay rostros familiares, además de la cara de Bacon. Uno de los loquitos del culto era el amigo de Mike en *Suits*. La mamá de otro de los seguidores es la vicepresidenta en *House of Cards*, el compañero de aventuras de Kevin Bacon es uno que ha hecho de superhéroe, no le sé el nombre, un rubiecito con la cara compacta, arremangada, que podría estar del lado de los psicópatas, le da el cuerpo.

Hablando de cuerpos: en medio de una ráfaga de balas, los buenos siempre tienen tiempo de tomarle el pulso a alguno que yace destripado; el gesto en el cuello como si tuvieran dedos mágicos o termómetros digitales en las yemas, en un segundo lo saben.

El villano pone música de Bach para escribir junto a la estufa, en un pomposo salón revestido de madera oscura, que hace juego con su pretencioso e insuficiente acento británico. En esa historia, pareciera, el amor por la literatura sólo es dado a los asesinos seriales, sociópatas o inadaptados. Me aburre.

Pero quiero saber el final, la dejo correr mientras limpio la casa, barro, lavo el piso; un paño rehace las formas polvorientas, que vuelven a brillar y, como la tierra se mueve muy rápido, este texto es una trenza, los hilos se enroscan formando una cuerda. De ella se agarran mis dos manos. Escucho gritos: los ciudadanos de Havenport se están matando en un gimnasio municipal, los seguidores del culto empiezan a atacar, como zombies, con hachas y cuchillos. Cuando Emma mata a Jacob usa un método veloz e indoloro. Me hizo acordar a una película sobre una chica que criaba chanchos en una granja y había encontrado la manera de matarlos sin que sufrieran. Los llevaba debajo de un árbol enorme, los acariciaba, les hablaba y les hacía un tajo profundo con un cuchillo muy afilado, se iban muy rápido, sin gritar y sin dolor. Sería una buena opción para los animales que comemos, pienso.

Curiosamente la película se llamaba *La gracia de Emma*.

Aquí, la protagonista se llama Claire. ¡Cuántas Claires! ClaireUnderwood/Beauchamp/Matthews, las Helenas de estas historias.

Hay algo insultante en que la belleza sea causa suficiente de guerras, de búsquedas, de diálogos mal puestos, mal escritos, mal pensados, mal hablados.

Ay, Kevin, lo que me hiciste mirar, catorce horas de basura incoherente. Y todas las que perdiste vos, actuando, esperando, leyendo, aprendiendo el guión, dejándote maquillar, jugando a las cartas en el tráiler. La próxima vez hay que elegir mejor, me dije pero devoré después la temporada segunda y la tercera y se puede percibir, afilando un poco la mirada que: *The Following* muestra una no tan sutil tendencia a matar primero negros después latinos y por último blancos, que sólo son blancos en relación a los tonos con que se comparen.

Las caras negras en cambio sufren brevemente, no tienen tiempo de ensayar una épica, ni merecen un retrato que nos permita sentirnos cerca de la gota de sudor, del brillo del ojo, la mandíbula temblando. Mueren rápido, sin robar pantalla, sin tiempo de ser héroes, el máximo despliegue es el sonido de los cuerpos, el líquido veloz brotando de tajos y agujeros, líneas

y puntos de apertura, ahí se ve un rojo homogéneo, unido al latido de sus matadores.

Vertical

Pero Kevin

Kevin que es Ryan pero es Kevin
tiene diecisiete chispas diferentes de verde y celeste
en cada ojo
cinco o seis castaños en el pelo
rosa, suave azul
zigzaguean en los poros, piernas flacas
que contrastan con el peso
visual de los zapatos, treinta y ocho
músculos distintos en la espalda que al tensarse
forman olas
y en las manos la fuerza de cañones, la cintura
se curva como un árbol
nuevo, apenas árbol
y en las ramas, pequeñísimos brotes
gotas
lágrimas, la boca
dos líneas finas, apenas un marco
para unos dientes largos, parejos, blancos
color papel blanco,
Ryan Hardy
a veces deja que se asome Kevin

Bacon
tocino
panceta
crujiente, el borde
tierno, el centro.

Diagonal

Primera dificultad para un hipotético policial argentino: no creemos en la cana.

La cana es mala. Debe haber buenos canas, pero es difícil encontrarlos

mucho más imaginarlos, adivinarlos, inventarlos.

La cana está torcida

desde siempre, no tiene

salvación

y aún así, esos tipos en las series

deseamos que la gente los comprenda, nos molesta que algunos reaccionen

desganadamente al interrogatorio, a la pregunta

que investiga, la imagen

nos puede llevar a creer en la cana, en la justicia

ponernos de su lado, convencer

de que ellos saben lo que hacen y que se lo han pensado y que está bien

que haya canas, milicos, armas, cárceles, testigos, evidencias forenses y que el golpe

puede a veces aplicarse en nombre del bien.

Horizontal

Ya lo sé, es una canción vieja, ya lo sé, estamos en otra era. Ya no somos adornos, ni cabos sueltos en la historia, ni tenemos que pedir que nos dejen hablar un poquito más, hasta terminar de desarrollar la idea, sin distracciones, una idea entera y completa, con sus pausas y sus dudas, suspiros, desvíos.

Estamos en un sillón en un escenario en un museo, nos invitan, ¡muchas gracias! Somos eficientes, pensamos mucho lo que vamos a decir, no queremos patinar, no queremos defraudar, intentamos comprimir el texto en oraciones compactas, sin respirar –la técnica Margaret Thatcher– para no llamar a la tentación de interrumpirnos.

Luego volvemos a casa, volvemos corriendo a mirar alguna serie donde la heroína fuma, toma whisky y usa armas. Nadie le toca el culo, nadie la interrumpe, su espacio ha sido ganado en campañas sucesivas pero cuando entra en nuestras vidas, ella ya es así, parece nacida libre.

SHETLAND

¡Por fin! Ya sé reconocer una serie que me va a gustar en los primeros minutos. Como es vieja sólo conseguí bajar unos avisos un poco pixelados, en torrent, y unos subtítulos que no sé si van a funcionar. Pero quizás, a esta altura, pueda arreglármelas con el escocés. El protagonista es un tipo sensato, amable, arraigado en su zona. Tiene humor. No es demasiado lindo pero se puede ir transfigurando a los ojos cercanos, me imagino. El paisaje tiene mucho invierno. La gente es frugal, apenas llora frente a un muerto. Hay agua, hay soledad, hay whisky, pasto, parientes. Los cadáveres son mostrados con pudor, sin excesos. Una mirada en escorzo basta.

En las series yanquis las personas están rodeadas de objetos, todo es grande y abundante: los autos, los espacios, los sillones, los roperos, las damajuanas de leche, de jugo de naranja, las torres de panqueques o huevo revuelto que tiran sin terminar. Pareciera que hay un derroche de combustible para hacer andar a los personajes y sus aventuras. ¿Tiene poderes mágicos ese jugo de naranja?

Cuando investigan, hacen fotos del tamaño de pancartas, a color. Una por cada rostro. Imprimen rápido y lujosamente. ¿Cómo es eso? Acá dale y dale con el toner negro, y cuanto menos, mejor. Reponer un cartucho es como tomarse un taxi a otra ciudad. La industria de las series forenses despliega equipos que ni la NASA debe tener, para resolver unos crímenes realmente insignificantes.

En *Shetland*, como en *Happy Valley* o *River* o *Bron/Broen* o *Vorbrydelsen*, en cambio, todo es más austero, incluso la inventiva. Los teléfonos son viejos, los muebles un poco destartalados, los autos son medianos, los atuendos se repiten. Entiendo mejor esa vida y disfruto más esos retratos, me dicen cosas que puedo comprender mejor aunque los personajes hablen menos.

Sin embargo, *Shetland* es lujosa. Se da tiempo para los detalles, una pequeña toma aquí y allá, una narración serena, una fotografía de claroscuros, colores suaves, y encuadres perfectos. Tiene la paciencia preciosista del arte flamenco, mezclada con un realismo sobrio pero nunca monótono. Se nota que el guión fue pulido y pulido como un arma, una joya, o una mezcla de las dos.

Ya es de día en este pedazo de la tierra. No se ve el sol pero la luz está, es grande y pareja, alcanza para todos. Ahora no encuentro subtítulos y la estoy viendo en pelo. No es fácil.

¿Se dice “en pelo” o “a pelo”?

“Hice un montón de paseos a caballo en mi vida y he montado todo, desde los ponis Shetland para redactar caballos. Hice un montón de diferentes tipos de monta western, incluyendo carreras de barriles, placer, caballo, flexión polo, y en movimiento y corte de ganado. Como resultado, he utilizado todos los diferentes tipos de sillas de montar occidentales. También hice un poco de “montar Inglés”. Supongo que mi tipo favorito de montar informal, a pelo, sin embargo, siempre estaba montando. No estoy hablando acerca de montar a pelo aquí - Estoy hablando acerca de montar espalda desnuda sin silla o una manta”.¹

¹ <http://abcarticulos.info/article/por-qu-y-cmo-montar-un-caballo-a-pelo>

Acá estoy, nadando en la ficción. A mi sólo se me ocurren documentales. Me dan ganas de filmar cosas que cuando otro las vea pueda sentir un olor, o pasar la mano. Quiero compartir el brillo de un pedazo de metal al sol, cuando entra en los surcos de maíz que vi la semana pasada. O la capa finamente granulosa del agua de una pileta en invierno, con los caminos que deja un insecto antes de ahogarse. La temperatura del suelo en el pie descalzo. El cambio de velocidad en mi corazón cuando paso por alguna calle del pueblo, donde puedo encontrarme con alguien que quiero y no quiero ver. La ese que falta entre dos palabras o mejor dicho, esa aspiración muy ágil, difícil de copiar. La dentadura perfectamente circular del muchacho que vino a ver el campo y todo lo que dijo, una mezcla de datos de diferente espesor, cruzando tiempo y espacio. Las arrugas tenues alrededor de los ojos de Miri, su cuerpo tallado por el trabajo. El hall del Banco Nación, que parece una capilla con su confesionario, bajo una pantalla donde TN importa imágenes sin parar, con zócalo azul y rojo. El cerramiento de un plástico gomoso que se apoderó de una parte de la vereda, en el Club Progreso, para que los hombres no tengan frío ni sean espionados en sus momentos de ocio. Al fondo ese lugar inaccesible donde se juega al billar y se toman decisiones económicas y políticas basadas en el intercambio de chismes. Cuando el piso era de madera, lo pulían con café usado y aserrín. La plaza de la iglesia está descentrada, como corresponde en un poblado donde la religión es secundaria. Sus ligustros parecen un cerco de

rejas, para que nadie entre innecesariamente. La fábrica sigue cambiando de dueños sin ahogarse nunca del todo, y hace un vértice perfecto en la esquina donde todo termina. Más allá de ese borde, casi no hay urbanidad, pareciera, pero es sólo cuestión de perspectiva. Todo el mundo trabaja mucho, pero el tiempo se estira, abunda, alcanza.

La noche también se usa pero de maneras más secretas.

OUTLANDER

Como en la ciencia ficción, lo fascinante del invento está en la materialidad de las cosas. Ella ha sido enfermera en la segunda guerra mundial y ahora, por un acto de magia involuntaria está en el siglo XVIII entre druidas escoceses. Da órdenes como si estuviera en el siglo XX, pide yodo, vendas estériles, desinfectante, les habla de gérmenes, ellos no entienden nada.

Claire –ahora sé su nombre– trata de explicar que ha hecho un viaje en el tiempo y la señora que la viste y le cocina contesta: es mucho para asimilar. Sí, una frase así es mucho para asimilar. No me pidan que le crea a un texto así, me resulta mucho para asimilar.

Algunas escenas tienen música de jazz, las de juegos, luchas y competencias llevan gaitas. Los escritores pueden llevarnos a cualquier lado, pero no es posible –ni nunca lo será– ponerle música a una página. Están las tarjetas con melodía, pero no es lo mismo. Están la ópera y las canciones, pero tampoco.

Claire es ahora la curandera, y tiene a su disposición todo un arsenal de plantas, venenos y remedios para experimentar en los cuerpos de los paisanos. El paisaje es hermoso, tiene comida y techo, y hay un galán que reúne lo mejor de todos los mundos, ¿para qué volver al siglo veinte? Yo no querría volver a ese otro siglo, el de las dos guerras, y todo lo que siguió.

En 1743, Claire es el único ser humano vacunado en toda la tierra.

La llevan un día a cazar chanchos salvajes, para que cure a los heridos. El bosque tiene gotas de agua como pequeños lentes, el verde parece un terciopelo muy tierno. La niebla y el aliento frío se funden en una bocanada mullida. La sangre de los heridos mana dejándoles los rostros blancos, como el aire. A uno le ayudan a morir, acariciándole la cabeza, haciéndole preguntas sobre su hogar. Los hombres lloran con sobriedad y ternura, rodeados de sus caballos, quietos.

Dougal, hombre de confianza del señor feudal, la lleva a una gira por el condado, para cobrar impuestos y rentas. Dice que sus habilidades como sanadora la hacen útil. Ella se alegra de poder salir del castillo. Un castillo es como una torre de departamentos, una conejera. Afuera el mundo, suelto. Ya es de noche, Netflix está intentando extraer los bits de una red que compartimos entre muchos y la imagen se va cuadriculando, como faldas escocesas.

Salgo a pasear hasta la plaza; llovizna un poquito, suavemente; nuestro invierno debe ser como la primavera en las Tierras Altas. Allí las mujeres trabajan con guantes de lana sin dedos, y unas capitas tejidas en punto grueso sobre los hombros, parecen bastarles; lindo debe ser moverse dentro de una campana

invertida de tela que cubre las piernas, libertad y protección.

Contagiada por las imágenes me cocino un brebaje en mi olla más grande, sólo por sacar de adentro un caldo oscuro con el cucharón.

Claire se encuentra con un abogado en el campamento. Lleva una pluma de cisne para firmar sus documentos atada a la alforja del caballo prolijamente. El abogado es escocés y cobra en gallinas, huevos, cabras, chanchos y monedas.

Alrededor del fogón, los hombres hablan gaélico para excluirla. Pero Jamie le alcanza un pedazo de pan, para acompañar la pequeña liebre asada que le tocó, en un plato de lata, su cuerpito estirado como si bailara en puntas de pie. Una liebre es casi como mi perra, me costaría mucho comerla, aunque debe ser sabrosa.

En la aldea las mujeres lavan un extenso cuadro de lana con pis caliente, todas juntas en torno a una mesa. Claire las escucha cantar y se suma, mueven las manos al ritmo de la melodía. En la pausa la convidan con una bebida fuerte y después todas mean en un balde para seguir con la tarea de fijar el color de la lana. Dos veces Claire se equivoca en sus frases y gestos. Al brindar dice: ¡Fondo blanco! Nadie la entiende; cuando la mandan a mear hace la venia militar, tampoco la conocen.

Se arma una trifulca en la aldea. Los campesinos no están muy contentos con todo lo que tuvieron que entregar, incluyendo una cabrita que usaban para alimentar a los bebés mas grandes.

Todos la llaman Sassenach, la Inglesa. Una mañana la señora Fitz le dice, al vestirla: ¡qué hermosa piel! nadie llega a tu edad sin marcas de enfermedades o heridas, ¡qué afortunada! El abogado le dice: usted podría ser abogada, por lo rápida. Lástima que las mujeres no pueden. No todavía, le dice ella. Faltan varios siglos, le dice él. Sólo dos, contesta ella, por lo bajo. Todo el grupo de hombres salió a defender su honor en una de las aldeas que visitaron. En agradecimiento ella finalmente les hizo un chiste verde. Ahora sí, se están haciendo amigos.

Ella los ve organizarse para una rebelión contra el rey Jorge II, protestante. Ella sabe que van a perder, pero no puede decirles. A diferencia de Michael Fox en *Volver al futuro* acá la protagonista no parece tener el poder de modificarlo. Conoce el fin que les espera a todos estos clanes que se van a rebelar y que serán reprimidos, el lenguaje prohibido, la tierra arrasada. Será en 1746, faltan tres años aún para la batalla de Culloden. Leo en Wikipedia que Escocia nunca se recuperó y esa zona se volvió un páramo.

En el capítulo 6, Claire cree que aprendió a mentir y pasa lo más inesperado: ante su historia inventada, el hombre que la escucha afila un lápiz y hace su retrato en una servilleta blanca. Un retrato que parece uno de los bocetos de *Mad Men* pero eso no importa. No importa lo verosímil aquí sino todo lo contrario: los dos se han puesto a crear algo. Ella, un relato; él, una imagen.

–¡Capturé mi rostro!– dice ella.

–Le llamaré Hermosa Mentira– responde él.

La casan, para arreglar su situación como habitante escocesa; con Jamie la casan, el más lindo. La luna de miel es hermosa, y al día siguiente salen a hacer un picnic; en una barranca se encuentran con Munro, un mendigo que vivió en Argel, le cortaron la lengua pero ahora habla con los ojos.

Un día, Claire se queda sola en el camino cerca de la roca mágica de Craigh na Dun, donde todo empezó. Su esposo del siglo XX en ese mismo momento camina alrededor de las piedras y por un segundo cada uno puede oír la voz del otro, pero unos milicos ingleses la capturan antes de tocar la piedra. El dilema se vuelve a borrar, sin darle tiempo de responderse si quiere estar en 1743 –una historia de la que ya conoce el final, al menos el final histórico, colectivo– o volver a 1945, donde su vida estaba ocurriendo, sin posibilidad de conocer el futuro, sólo de hacerlo. Ahora está atrapada en un sólo tiempo y un lugar, como nos pasa a todos.

Bravo, bravo escritora, bravo Diana Gabaldon, nieta de mexicanos e ingleses, nacida en Arizona en 1952, que un día de 1988 escribiste esto sin saber que un día de 2014, o quizás de 2013, sería filmada esta misma escena que tu cabeza inventó y que un día de 2017 yo iba a escuchar en mi cama, en Argentina. Te saludo, inventora.

Hay una escena de latigazos a Jamie, eso no te lo saludo y una paliza a nuestra Claire, no. Así no.

No.

Geilis, su única amiga, también es del futuro y tiene la vacuna triple en un hombro que se descubre durante el juicio por brujería. Geilis Duncan saltó en 1968, por propia voluntad. En la noche que pasan en el calabozo, Claire descubre que además está involucrada en la rebelión contra Inglaterra. La queman en la hoguera.

Salgo y todos los tronquitos caídos que veo bajo los plátanos se me ocurren leña para la pira en el bosque o el fuego en la cocina.

Están buscando a Jamie en las Tierras Altas. Claire y Murtaugh idean un número de música y humor, por si la fama de la Sassenach vestida de hombre le llega a Jamie. Todo va

marchando bien hasta que llega el problema: los imitadores ambulantes que les roban la canción y además son talentosos. Esto duplica la información, así que tienen que buscar una solución a este problema de propiedad intelectual, para que Jamie no siga una pista falsa. Así es que la Sassenach original compra los derechos robados por el gitano, qué otra cosa podía ser, siempre los gitanos la ligan o los árabes, o los mexicanos; en *Volver al futuro*, los malos son libios.

Los rebeldes escoceses se van volviendo más y más bellos a medida que los conocemos, ahí está el corazón político de esta historia. Nos vamos involucrando, tomando partido y la narración nos lleva a esto con firmeza y elegancia.

En la segunda temporada, Claire aterriza en 1948, acaba de pasar al futuro por las piedras de Craigh Na Dun y ha perdido el mundo en el que estaba, se le parte el corazón. Camina y encuentra una ruta asfaltada, pronto un auto se detiene y un señor le ofrece ayuda. Ella está vestida con un traje del siglo XVIII, parece perdida y pregunta: ¿quién ganó la batalla de Culloden? Los británicos, le responde el hombre, asombrado. La llevan a un hospital, le avisan a Frank, y cuando él llega ella le suplica que apague la radio. De repente el mundo es ruidoso. ¿Cómo aterrizar el cuerpo en tanto ruido?

Mientras Claire se recupera mandan su ropa a analizar. Los historiadores están desconcertados por la autenticidad del atuendo. Claire pide libros sobre la rebelión jacobita y se desespera al no encontrar más datos sobre el destino de las Tierras Altas después de la batalla de Culloden.

¡Qué ironía para su marido académico, perderla por amor a la historia! Es un duelo repentino y absurdo, como el que deben sentir los refugiados, los que huyen de su tierra a la fuerza, y saben que si alguna vez vuelven al lugar, ya no existirá lo que allí había, lo que les pertenecía. Los sirios, los iraquíes, son hoy esas personas. En 1948, específicamente, los palestinos.

Claire cuenta la historia y por segunda vez se enfrenta a la posibilidad de no ser bien escuchada, con fe. En la primera prueba, Jamie se entregó al relato, su pensamiento mágico lo permitía y estaba sobre todo muy enamorado. Frank lo intenta, pero no le sale. O acaso acá la diferencia es que ella ya no está enamorada y por lo tanto no le tiene paciencia. De repente el personaje del marido parece tan cobarde como civilizado.

El problema de los códigos

Ahora están en Francia, en el año 1745 y el plan es detener la rebelión, ahorrar la masacre, convencer al Príncipe Carlos Estuardo (Bonnie Prince Charlie, o El Príncipe Gentil) de no emprender nada. Jamie y Murtagh, con la ayuda de un punga,

consiguen las cartas del Bonnie Prince, tratan de descifrar si hay o no conspiración. Claire se ha convertido en voluntaria en un hospital. La directora, una monja añosa, usa a su perrito para localizar causa y focos de infección en los cuerpos de los enfermos. Así que los unos se entretienen con piezas de música escritas en alemán, y las otras con el lenguaje de la enfermedad, traducido por un animal.

Vuelven a Escocia, han vivido muchas cosas y en Lallybroch logran descansar un poco. Pero pronto se embarcan en otro propósito. Esta vez es convencer al abuelo de Jamie, un viejo duro y malo, de apoyar la causa jacobita. Llegan a un castillo enorme y destemplado y descubren pronto que el hombre es terco pero supersticioso, entonces empiezan a explotar la fama de Claire como Bruja Blanca. Es hermosa la astucia pero siguen un camino incierto, oscilan entre querer cambiar el futuro o ir a la guerra a ganar, la pregunta por la historia y el destino reaparece todo el tiempo y eso pueden ser pensado hoy y aquí. No me gusta que vayan a la guerra. Pero Claire no sería ella sin la guerra que pasó.

La guerra

Pronto empieza a aparecer la disciplina y, con ella, el castigo, los castigos y los méritos. Claire usa herramientas modernas y en ese sentido se puede ver una simpatía evolucionista en la serie, una sugerencia sobre lo que la educación colectiva

puede proveerle a cada sujeto. Su inteligencia tan singular en el mundo premoderno sería mucho más común, ahora. Ella les enseña trucos para cuidarse los pies en las caminatas o usa un término como “narcisista”, y lo explica; quiere compartir un conocimiento común a partir de la guerra y el psicoanálisis.

Por cierto, la pareja rescató a un niño, era un pibe que robaba bolsillos en el Burdel de Elise. Lo rebautizaron Fergus y ahora lo crían sin pensar mucho en si son o no padres, en si él es el hijo que esperaban o no. Tiene unos 11 o 12 años. Contra las órdenes de Claire, Fergus sigue a los adultos a una batalla que, según la Historia, van a ganar; igualmente hay que atravesarla, y lo que ningún libro cuenta es quiénes sobrevivieron, de este pequeño grupo que ahora es el mundo de la Sassenach. Será un día muy largo, de esperas y miedos, para las mujeres que quedaron en el campamento, preparando vendas, remedios, ollas de agua caliente.

La medicina que practica Claire ahí es precapitalista, tiene límites en cuanto a las posibilidades, el esfuerzo y el gasto. La mitad de las cosas no tiene arreglo; un cuarto tiene alivio; otro cuarto curación. Tuberculosis, partos, heridas, caries, quebraduras, fiebre, indigestión, tajos, falta de sueño. Para morir en paz y rápido: gelsemio. (Es la misma droga que usa Claire Underwood en la nueva temporada de *House of Cards*.)

Me divierten los errores de continuidad, recién vi uno en la boina de Dougal. Eso demuestra lo muy artesanal que es el proceso de filmar. Todas las heridas se curan con whisky (¡el subtítulador dice güisqui!). Escriben con pluma y tinta, el sonido se mezcla con el crepitar del fuego y las velas, qué cosa tan hermosa. El correo llega, las personas se encuentran, se responden. El vino y lo que comen siempre tientan, dan ganas de asar animales y comer estofados y carnes, con cerveza o vino rojo, panes grandes, granos gruesos. A veces, frutas.

Se acerca el día de la batalla de Culloden, nada pudieron hacer por evitarla ni para llegar en mejores condiciones. Claire y Jamie están tristes. Cuánta impotencia, ver llegar la Historia al galope, sin poder cambiarla, vivirla en toda su crudeza, bien desde adentro de las tripas. Los oráculos, al marcar un destino, no indican cómo será el camino, ni antes, ni después.

Stallions

Jacobites

MacKenzies

Frasers

Yellow

jasmine

Sour

wine

Palabras sibilantes, erres patinosas o secas como el filo de los acantilados, sonidos como joyas adornando a las personas. Engarzar una pieza mayor en cadenas finas, humedecerlas con un hilo de baba y pasar la lengua, como un pincel cauterizar los bordes. Así es como la boca fabrica sus objetos, máquina más precisa que esa aún no hay.

–Tu vida es tuya– le dice Colum a su hermano Dougal, ese loco lisiado de la cabeza, como le llama.

–Yo, lisiado de piernas, él, de la cabeza.

Bajo una piel de animal, ya agonizando, mira al loco con pena y resignación y se muere sin pedir permiso.

Velorio se dice wake: ¿vigilia? ¿despertar?

LA REINA CRISTINA

Me cubro de jogging, me subo a la cama.

En seguida aparece el problema del lenguaje: hablan en inglés. Es el siglo XVII, en Suecia. Curiosamente no hay sueco ni flamenco, no hay noruego, hay apenas alemán, pero inglés... el inglés es lo que más hay. Como si esto fuera poco, la Reina niña usa la palabra *sádico*. Es 1632, ¿ya dije? El Marqués de Sade nació en 1740. No hay que descartar que la sangre azul le haya dado a Cristina algún poder adivinatorio, entre otras maravillas divinas. Pero sigamos.

Cristina es criada como varón, y así se viste. Su madre ha velado a su padre embalsamado por dos años, obligando a la niña a darle un beso al cadáver, cada noche; en una caja el corazón, oscuro como un cuero seco. La niña lee a Descartes y practica esgrima.

Cuando cumple 18 le regalan la espada del padre. El día de su coronación le ponen en sus manos un cetro y una esfera de oro, con una cruz de rubíes en el norte. Luego la corona, cargada de piedras preciosas, el vestido, seda, brocado, anillos, aros y rulos, volados, puntilla y corsé. Ahora Cristina tiene que aprender a manejar el cuerpo en una nueva complejidad. Hay también una corona de entrecasa, con unos picos esmaltados y perlas grandes como uvas. Sus ojos, en comparación, parecen achinados.

Tiene la lengua rápida, y habla varios idiomas. Pero, insisto: prefiere el inglés vaya a saber por qué. En el banquete hay unas fuentes con espárragos, repollitos de Bruselas, remolachas y unos arrollados de carne rosada, lujos de la austeridad luterana. Para atenuar el hambre me hago un té y le pongo miel, la única cosa que encontré en la alacena. Creo que está ahí desde hace un par de años. Es una sustancia sobrenatural, si lo pensamos; se dice que puede durar siglos en un recipiente adecuado, jamás se descompone, se embalsama a sí misma.

Cristina da su primer discurso, y les propone hacer de Estocolmo una nueva Atenas. Dice que hay que ponerle fin a la guerra con los católicos y dice que hay que ser curiosos. Un caballero enojado se levanta y le pregunta si ella cree que todo se va arreglar con canciones y poesía. Que cuando las frases hermosas y las melodías dulces nos hayan arrullado, nos van a clavar el puñal por la espalda. En realidad lo que ella les propone es revertir, espejando la curiosidad, el alcance del Imperio Romano-Germánico que fundó Carlomagno, otro enamorado de las letras, que aprendió a escribir de grande, usando un alfabeto de madera para practicar. Cuentan que se llevaba esas piezas a la cama para que le entraran las palabras en los sueños.

Cristina sale furiosa del salón, seguida por una fila de pretendientes. A uno lo manda a París, al otro al frente germano. Ha puesto sus ojos en una dama de la corte, rubia como la miel.

Sale a caminar por el castillo, descalza, lleva su espada, no duerme.

Ahora salen de caza, con sus gorros de piel, los cuellos suaves; paran en el campo a comer unos panes fibrosos. Le cuentan que Descartes vive en Holanda, y la previenen: es católico.

Terminada la charla, hechos los planes políticos, llega la rubiecita y Cristina le enseña dos cosas muy valiosas: a cabalgar a horcajadas y a usar una escopeta. En la cena comen cazuela de oso. Esa noche su amigo jesuita le presenta una nueva maravilla: el tomate.

Cristina tiene su primera pena de amor y, sentada a la mesa – la luz suave de la mañana ilumina el papel, la pluma, un plato de frutas, una abeja se posa sobre una granada abierta– le escribe a Descartes para preguntarle sobre la naturaleza de ese sentimiento. El le contesta: hay dos formas. Amor compasivo, que nos hace desear lo mejor para los que amamos. Amor lascivo, que nos hace desearlos. Cada tipo de pasión nos modifica y tiene sus propios síntomas: el cambio en el pulso, el rubor, pero hay que desconfiar de las expresiones faciales, que se controlan a voluntad.

Cristina vuelve a los pantalones y la espada, el pelo suelto o en una trenza floja, manda a traer 150.000 libros para armar una biblioteca

sobre todos los temas en todos los idiomas. Invita a Descartes.

Por las noches, calientan la cama de la reina con plancha de mango largo, que pasan entre las capas de tela. Cristina le cuenta a su dama de honor que su padre, durante la guerra, tenía un soldado que hacía ese trabajo: entibiar las sábanas con su cuerpo antes de que el rey se acostara.

Descartes llega al reino. Su primera tarea es diseccionar un muerto, la reina le alcanza herramientas, él: corta, serrucha, martilla, extrae una glándula donde el cuerpo y la mente se juntan, no más grande que un piñón, que al latir envía la sangre que lleva en sí las emociones. La glándula pineal, del tamaño de una perla de la corona, sede del alma. Algunos hombres se desmayan, uno dice que el alma es de Dios, no está en una nuez; otro sale corriendo, es el horror y Cristina piensa que quizás, si las cosas son como dice Descartes, se puedan remover los deseos, la añoranza, la espera, el sufrimiento.

Tan compacta la historia es, que reviso y veo que no es una serie, ¡con razón el tiempo corre tan rápido!

Se firma la Paz de Westfalia, termina la Guerra de los 30 años. Un soldado le trae de regalo a la Reina una leona embalsamada. Todos dicen que a Cristina le falta un león; beben y bailan pero ella está con su dama, leyendo la Biblia del Diablo: el *Codex*

Gigas, traído de Praga, donde un monje lo escribió en una sola noche, con ayuda satánica.

Cogen sobre el libro, que es casi tan grande como una cama; Cristina bautiza a su mujer: ahora se llama Belle. Los hombres se reúnen, deciden extirparle esa pasión, secuestran a la dama, envenenan a Descartes.

Enloquecida de amor y de pena, se disfraza de pastora y lleva un rebaño de ovejas a la iglesia donde se casa su amada. ¿No me llaman acaso la pastora del reino?– les grita, y sale corriendo con los ojos extraviados, traje de piel de cordero y bastón. Se tira al río helado, se salva y se convierte al catolicismo para ser una reina virgen.

Le piden un heredero entonces ella nombra Hijo a su primo Karl Gustav, le pasa la corona, un círculo de piedras y sale de la Historia.

Encuentro a Greta Garbo en Youtube², diciendo en *Reina Cristina*: “I’ve been memorizing this room. In the future, in my memory, I shall live a great deal in this room”. (He estado memorizando este cuarto. En el futuro, en mi memoria, pasaré mucho tiempo en este cuarto.)

² <https://www.youtube.com/watch?v=jH4STASYVes&index=4&list=PLL-MJsfZ8-PO5E8crdOwEEgAWteeuFFKAG>

JUANA INÉS

El algoritmo me lleva a una serie ambientada en la misma época –ya en los primeros minutos aparecen los nombres de Descartes y Copérnico– pero en el Mundo Nuevo. Es la vida joven de Juana Inés de Asbaje, luego Juana Inés De La Cruz.

Llega a la corte y deslumbra a la Virreina recitando en español y náhuatl. Juana tiene quince años. La prueban cuarenta sabios en todos los temas y sale airoso, brillando su cerebro como las alhajas que le adornan el pelo. Le dan de premio una tarea: educar a la única hija de los virreyes. En poco tiempo gana enamorados y enemigos por igual. Le investigan el linaje, le incautan unos versos teñidos de erotismo. La vida se complica rápidamente. La convencen de que la solución es meterse a monja. En el convento, le dicen, podrá estudiar y escribir.

Juana entra en la jaula, el primer día le sacan el vestido, los anillos, los zapatos, los aros, las guirnaldas del pelo, el pelo. Al final parece una ovejita esquilada, sin abrigo. La virreina Leonor intercepta los baúles de Juana, que el convento ha mandado de vuelta. Acaricia los vestidos, sufre, Leonor se ha enamorado.

La serie pega saltos en el tiempo, ahora Juana moribunda, se escapa de su cama y llega al pie de una escalera, forcejea hasta que logra levantar la tapa de un escalón donde sus libros se esconden. Los besa, les toca el lomo como si fueran animalitos adorados, llora.

¿Cómo sería Juana Inés hoy? Sin la prohibición de estudiar, leer, escribir, ¿acaso habría accedido a otra especie de plenitud? ¿Qué cosas la hubieran distraído, qué obstáculos?

Juana Inés se enferma en las carmelitas, la virreina se la lleva y manda buscar a una curadora indígena, que dice: su náhuatl está atrapado. La desnudan, usan la sangre de una víbora para untarle el cuerpo, Juana sobrevive, pide entrar a otro convento, menos estricto. Las jerónimas la aceptan por su fama de escritora iluminada. El día en que se ordena se tira al piso frente al altar, la cubren con una tela negra, esparcen pétalos. Las monjas llevan en el pecho una pintura oval, enmarcada, como si fuera un camafeo, pero grande. Hay una fiesta, la virreina está muy triste. Un tiempo después mandan a los virreyes a volver a España. Leonor se enferma y muere en el camino a Veracruz.

Góngora golpea la puerta del convento; con otros hombres quieren pasar a oír los poemas de Sor Juana, la priora le dice: “usted es un jesuita” expulso, borracho y mujeriego, salga de aquí.

Cuando llegan los nuevos virreyes él y Juana diseñan unos portales para recibirlos; imágenes y palabras, que hacen la delicia de la nueva virreina.

Reconozco las paredes de los edificios coloniales en el DF, hechas de piedra volcánica, áspera y morada como higos maduros con sus relieves grises. ¡Qué ganas de volver! Aquella vez que pasé dos meses en la ciudad, vivía a la vuelta del convento. Un día me topé con una estatua que la representa cuadrada, hierática, sentada. Me acuerdo del olor, el aire, la luz de esas calles, siempre un poco velada por el smog al atardecer, cuando el sol es débil, le cuesta más esfuerzo atravesar esa atmósfera pesada. Todo se pone rosa y naranja como en un apocalipsis.

Córdoba tiene una secreta afinidad con el DF. Seca en invierno, cuando llega la primavera, el viento levanta un polvo marrón; hay que esperar al verano para que el agua atrape la tierra, el hollín del aire, la vuelva más respirable. Hay iglesias y edificios con patios cuadrados, recovas de columnas, un dejo ahumado en el paso del tiempo, un centro que es como un hormiguero, con sus galerías como túneles, agujereando las manzanas.

Daría cualquier cosa por viajar en el tiempo. Si hubiese un genio de la botella, se lo pediría. Caminar entre la gente de otros lugares en otro tiempo, y ver cómo se visten, qué comen, cómo hablan. Entrar al cuarto de la reina y de la virreina, de la dama de honor, del paje, de Descartes de Copérnico, de Carlomagno, de Marco Aurelio, de Simone Weil, de Walter Benjamin, verlo afeitándose. Oírlos, olerlos. Ver a Evita en camisón o midiéndose un vestido con Paco Jamandreu, ver las costuras, el pelo, las

uñas, las medias. Ver la niña. Ver a sus caniches, y sus cuchas y lo que comían. Sissi de Austria practicando sus acrobacias a la madrugada, o haciéndose peinar el pelo que le llegaba hasta los pies. El cuarto donde escribía Louisa May Alcott, la cocina de Marguerite Yourcenar, los cacharros, la radio surcando el aire de la casa, quizás. ¿Cómo eran por debajo los vestidos que pintó Vermeer? ¿Cómo eran los libros, las voces, los enojos? ¿Qué sabor tenía un lápiz de labios a principios del siglo XX? ¿Qué olor había en una escuela secundaria yanqui en los 50? ¿Cómo cosechaban sus tomates los aztecas? ¿Cómo era navegar por ese lago que cubría a ciudad de México? El paisaje de mi abuela Margarita cuando era maestra rural en Entre Ríos, todo pasto y helada, lavar la ropa interior en agua fría. La voz de mi abuela que murió a los 30 y pico de un cáncer que se detuvo sólo durante los meses de su último embarazo. El idioma de mi bisabuelo libanés, que se murió de pena recordando las montañas de Amiun. El asesinato de Romualdo, el hermano de mi abuelo Tomás nunca esclarecido, una tarde de octubre en el camino entre Leones y Noetinger. La cabina del avión de Amelia Earhart, que tomaba chocolate caliente como único alimento durante sus horas de vuelo mientras escribía versos sobre las nubes, sus manos manejando palancas y mapas, sus pecas en la nariz, su transpiración. La luz nocturna anaranjada, de un foco en una vereda de Córdoba una noche de 1976, mi cuerpo pequeño envuelto en lana, agarrado a los brazos de mi padre o de mi madre, sus miedos hechos míos. Todo eso.

Vuelvo a Juana Inés. Al no necesitar los subtítulos, puedo cocinar de espaldas a la pantalla. Veo de a ratitos, oigo todo. Soy la confesora de la serie. Escucho por ejemplo, el español mexicano por debajo del peninsular; escucho la música, casi siempre inoportuna, la pluma sobre el papel, el fuego los pasos en el claustro, el roce de las telas, pájaros en el jardín, las frases improbables en el siglo XVII: “hemos pasado una velada estupenda” , “espero sus comentarios positivos”.

Al cuerpo, sólo penitencia y dolor. Obligan a las monjas a donar sus pertenencias, sus joyas de familia, a suspender las tertulias, la música ¿cómo pueden haberse reconstruido los relatos sobre la opaca vida sexual de Juana Inés? Quizás el rastro esté en la contabilidad: la virreina manda a comprar la bula papal más cara, como pago por sus pecados. Dice que no soporta sufrir y prefiere prevenir, dando oro antes del purgatorio. Le lleva el documento romano a Juana, haciendo con esto explícita la culpa compartida. Les brillan los ojos. De noche, Juana mira una vela y piensa en esos ojos, se da cuenta de que tiene un cuerpo que le sigue a su cabeza.

El amor se abre camino en su escritura y en esa nueva verborragia, Juana y la virreina dan entonces las señales cruzadas que hacen todo evidente. Pronto le inspeccionan el cuarto, encuentran las cartas de amor. Ella se explica diciendo que sus versos siguen la tradición del amor cortés, simplemente, nada más. El cura

dice: esta mujer cree que puede imitar a Quevedo. Amenazan con confiscarle toda la obra. Ella propone copiarla, la superiora le dice: ¡usted no acabaría nunca! Se les ocurre una solución hermosa: ponerse todas las monjas a copiar. Solo una se niega y Sor Juana dice: de haber accedido hubiera quizás podido aprender algunas cosas. Todas se ríen bajito. El confesor se guarda las cartas de amor de Juana a la virreina, las usa de rehén a cambio de los escritos, sin saber que han sido ya copiados, que van en un barco a España. Carpetas y carpetas, crocantes de papel.

Ya me están empezando a convencer los ropajes, los hábitos almidonados que usan, tan perfectos. Andar de túnica todo el día, la cabeza cubierta, unos zapatos cómodos, las piernas libres. No tendría que decidir nada más que eso. El pelo corto, sin teñir, la cara sin pintar, cuánto ahorro de tiempo, qué alivio.

Entrampan a Juana. Un arzobispo le escribe haciéndose pasar por monja (¡travesti!), la discusión teológica se imprime, se hace pública. Lo que sigue ya se sabe.

Sor Juana Inés de la Cruz, que ya no puede escribir, se suicida de tifus.

THE CROWN



Dear Winston
I am so



Dear Mrs Kennedy,



My Dear Charles
What a wonderful letter
I was now at Eton. I was too
by a particularly dull

Copy No. _____
Elizabeth P.
I am sorry that it is almost forty-
years since I received your confidence for
the first time. I am sure you will have
no doubt that I have a difficult on
my part to bear

work with various media
throughout the Public Relations
Public Relations
Television
BBC

should look beyond the hideous
coloured photographs of a glamorous young
woman in sparkling attire to the more testing
realities of twenty years hence. The Monarchy
will not survive, let alone thrive.

La monarquía no sobrevivirá
y, mucho menos, prosperará.

La Reina parece incapaz de hilar
una frase sin un texto escrito...

The Queen appears to be unable to
string even a few sentences together without
written text - a defect which is particularly
regrettable when she can be seen by her
臣民 are apt to justify the

justly detained
have agreed to adopt, and call on other
programme of economic measures:
bank loans to the South
voluntary



Porque la invasión de las Falkland



fue un ilícito
cometido por una nación foránea,





GAME OF THRONES

Temporada 7

El invierno ha llegado, sí, ya nos dimos cuenta. Si pongo los ojos en blanco como Brandon Stark también veo el desastre galopando hacia acá. En este reino, en los vecinos, en el Sur, en el Norte, en el Noreste, todo luce amenazante, y una niebla nos cubre las cabezas. ¿Y si el invierno no termina nunca? Es hermoso el invierno pero sólo si nuestros hogares son cálidos, y si el aire fresco está limpio, si el agua se deja tomar, si el espacio para andar y trabajar alcanza, si hay algo así como la paz y la vida se mueve. Si compartimos la comida. Si podemos hacer planes.

Lo hermoso en las historias de una época pre-moderna es que la ciencia aún no existe. En el futuro la ciencia existe en modo utópico, es una ciencia que cumplió sus promesas, pero nosotros, atrapados en la superstición de la objetividad, somos miserables.

Y, más allá de que estemos usando una perspectiva actual para pensar el pasado, iluminar las zonas que quedaron mudas: ¿qué puede esperarse de una sola mente singular en un determinado contexto? Por ejemplo: ¿Cuán feminista se puede ser, sin feminismo?

Arya Stark ha pasado el bautismo de la pubertad, sus cejas se han vuelto oscuras. Sansa Stark tiene la tristeza congelada en

los ojos. El duelo aún las agobia. Daenerys en cambio vuelve a su hogar transfigurada. Ha conquistado su propia herencia y está más viva que nunca.

GOT abrió la trama y la extendió todo lo que pudo, ahora está empezando a reunir a sus personajes, arrimándolos por fin en la geografía. La proximidad genera calor. Jon Snow-Juan Nieve llega al Castillo de Hierro, se asusta de los dragones que relinchan en el aire y baten sus alas como banderas de goma, ondulándose con lentitud.

El encuentro entre los dos es predeciblemente áspero. Jon no se quiere arrodillar, Daenerys endurece su discurso. El le cuenta que un ejército de muertos viene bajando desde el norte, ella no confía en él. El ha visto estos cadáveres marchando, y hay un material que los podría detener: es el vidrio de dragones, que existe bajo el Castillo de Hierro, sin que su reina lo sepa aún. Hay villanos que parecen gerentes, hablan de ganancias, inversiones, intereses. GOT es kitsch.

*Asterisco a la nada ¿no es el pelo de Daenarys parecido al de Evita? ¿Habría sido así, de ese color que no sale en las fotos blanco y negro y que en las peluquerías llaman "rubio ceniza"?

Los soldados de Cersei han fabricado un arma nueva contra el dragón (por favor no lo lastimen. Pero sí, le clavan una flecha

gigante, cuando ya abrasó medio ejército, montado por Daenerys de la Tormenta, que no se despeina). Tyrion camina sobre las cenizas después de la batalla. Al volver a casa, el gigante se deja tocar por Jon Snow, lo cual llena de miel el pecho de Daenerys. Los buenos se juntan con los buenos para ser un poco malos.

En el mercado de Lecho de Pulgas las armas brillan, los hombres trabajan, pulen, funden manoplas y armaduras, se agrupan como familias. La brasa aclara el metal hasta el color de la lava, el líquido en las piedras afila los bordes, cuelgan hachas, masas, el martillo hace su música; la guerra tiene su vida doméstica.

En el capítulo 6, el que se filtró antes de tiempo, el sonido se siente un poco embolsado, alguien filmó la pantalla. En un momento, en medio de una pelea entre Arya y Sansa, como si saliera del borde inferior de la imagen, se oye una tos, parece la de un muchacho. Un hecho fortuito fuera del guión, un adorno agregado a la filmación planificada por meses, rompiendo su lisura. El hielo del paisaje se perfora por estos ruidos externos, la pantalla es menos un espejo y más un pequeño teatro de juguete. Puedo imaginar esa caja alrededor, el living de un hombre joven, algo de comida al costado, ropa en el sillón, ¿un gato? ¿un perro? cerca un velador tenue o un inoportuno y poco hogareño tubo fluorescente en el techo. Si agrandamos el zoom vemos el departamento, luego el edificio, como un cofre,

la calle, la manzana. ¿Qué ciudad será? El episodio está en inglés sin subtítulos, eso nos da una pista. En el costado derecho hay un sello de agua con una m minúscula. Vaya a saber qué quiere decir esa inicial:

mum

more

metro

marvel

murder

mountain

morphine

marshmallow?

Ahora también se ha desfasado el sonido, sutilmente, debe ser una décima de segundo, pero suficiente para mostrar esa distancia existente entre la palabra y el pensamiento, que no siempre se conectan con rapidez. El cuerpo puso el cerebro, la boca y las manos en diferentes lugares, quizás para que pensar, hablar y escribir tengan sus tres velocidades propias. Sería hermoso poder escribir juntando esos tiempos en un solo nudo, pero lo único que podemos hacer es acercarlos un poquito, y con gran esfuerzo. Más acrobático aún sería juntar el cerebro del que escribe con el de otro lector.

Escribir, pensar, percibir, leer, todo a la vez. Llegar a una especie de comunión así debe ser más difícil que domar un dragón. Pero tal vez no sea cuestión de esfuerzo sino de lo contrario, un encogimiento de la acción; una detención brevísima, una forma de contemplación que permita que se junten el acto, la imagen y el sonido. Mientras pienso esto, el cursor late como una vena. ¿Quién habrá decidido el pulso del cursor? Parece cardíaco. O bien está basado en el segundo y este a su vez en el latido.

Vuelvo al capítulo 6. Tyrion le habla a Daenerys de la posibilidad de que una flecha le llegue al corazón. ¡Sincronía, la serie y yo estamos juntando nuestros pulsos! En cualquier momento aparece el oráculo, me da miedo.

En la escena siguiente, Lord Baelish está intrigando entre las hermanas Stark. Ay, mis niñas, no bajen la guardia. Todo se va complicando en cada frente y Tyrion le dice a Daenerys: "A veces no hacer nada es lo más difícil de hacer".

GOT me está hablando. Por suerte ella no le hace caso y va al rescate de sus muchachos nortños que han quedado atrapados por el ejército zombie, difícil de derrotar porque los muertos no se mueren de nuevo y además son caníbales. A menos que usen el vidrio de dragón o el fuego. El final es perfecto y el sonido llega tan desfasado que primero oímos las voces, con las caras en silencio, y luego se mueven las bocas, sin que salga nada de ellas.

Lo que veo es lo que estoy viendo o lo que vi está mirando por mi. Tal vez lo que vi sale al encuentro de lo que veo: dos flechas en el aire que estrellan sus puntas en perfecta geometría invisible. Pero no, no hay geometría por fuera del ojo humano.

Geometría hay en los subtítulos. Un ojo ve la imagen; el otro, la palabra.

A veces no coinciden y el presente se mezcla con futuro, con pasado, cosa de piratas.

TOP OF THE LAKE

El enigma del crimen como metáfora de las preguntas más arcaicas y las prohibiciones en torno suyo. Ver, buscar *Freud*.

Su belleza visual es lo que permite lidiar con LO REAL.

Esta es una serie que pide una mirada forense, hay que verla y oírla muchas veces.

Ver también:

The Fall

Bron

Broen

Borgen

Dietland

Sharp Objects

Jessica Jones

The Killing

The Bridge

Vorbrydelsen

Rita

Freud

PLEASE LIKE ME

Parece tan livianita, tan pastel y agradable, la hermosa vida en Melbourne, ahí donde el capitalismo no hostiga tanto a la gente, y los jóvenes pueden vivir casi sin trabajar. Vivir bien. Luego vemos en la forma más preciosa y humana, si lo humano es lo precioso, un aborto y un suicidio. Tomar la vida, y terminarla, cuando sea el momento, con gracia.

BODYGUARD

La visualidad del racismo.

THE X FILES

Mulder y Scully (Gillian Anderson y David Duchovny) son todo lo bello que se podía ser en los '90. Serían bellos hoy también, con sus caritas llenas, sus ojos celeste y verde, los pelos vigorosos. No usarían blazer quizás, o quizás sí, todo vuelve.

No me acuerdo por qué nunca los vi en la tele, tal vez porque no me gustaba la música de la presentación, o el tema no me interesaba. Y sin embargo ahora, cuando miro, siento que vuelvo al hogar. Me gusta el ritmo, ni tan lento ni tan rápido; la narración es escueta, los diálogos no son excesivos, y los gestos tienen una medida que la vuelve casi realista. Al final de cada capítulo hay una pequeña coda que indica que, si bien el problema central se resolvió, algo queda para el futuro: máquinas inteligentes que no se llegan a apagar, seres extraordinarios que dejan una cría escondida, o platos voladores que nunca serán atrapados, como haciendo un guiño fuera de cámara.

La pareja de agentes del FBI se conoce en el primer capítulo y al principio trabajan juntos a regañadientes; él es un experto en fenómenos inexplicables y ella es una médica absolutamente científica, que no logra creer ni siquiera en lo que ve, si esto no entra en sus parámetros. Él es un flacucho tiernísimo, y ella habla como si estuviera en el escenario de un teatro, pero son magníficos. La química entre ellos es tan intensa que les alcanza para 8 o 9 temporadas, no sé cuánto duró pero me alegra tener todo ese material disponible para las noches frescas. Como si

la serie lo supiera, me regala un capítulo en Seward, Alaska. Lo busco en Google: en el 2000 tenía 2800 habitantes. La mitad de Noetinger. El triple de Saira.

Cada capítulo tiene una historia que he visto desarrollarse en una temporada entera de las series posteriores o actuales. Este, por ejemplo, es como el argumento de *Trapped*: bichos prehistóricos que sobreviven en el hielo por miles de años, hasta que despiertan.

Posesiones, seres que se vuelven animales, niños asesinos, ellos no le hacen asco a nada, agarran todo. Fox y Mudler son los bailarines protagónicos de La danza de la Fe en la Ciencia. Van, vienen, se arrastran, dudan, se juntan, se separan, miran, oyen, toman notas, pierden la fe, la recuperan.

Mulder cree pero no consigue evidencias. Scully no cree aunque tenga todas las evidencias.

Se prodigan afecto de una forma tan medida que entenece y calienta a la vez. Parecen dos jóvenes del siglo XIX, con afinidades platónicas. Pero aún mejor: se van haciendo amigos.

En fin, estamos al comienzo de la temporada 2. La serie ya está asentada. Dana perdió su estentóreo acento teatral, Mulder sigue aún en una adolescencia de cachorro mojado, está

resentido porque lo mandaron a pagar piso en algún sucucho perdido del FBI, escuchando causas insignificantes.

Extraña los bosques, las luces fuertes de los ovnis, las horas de vigilancia en el auto, comiendo porquerías, la libertad de investigar. Dana acepta el cambio con más resignación, es una muchacha muy ascética. Pero les asignan un homicidio que en principio luce poco prometedor (ella para animarlo, le dice: tenemos un cadáver, Mulder) hasta que detectan la presencia de un gusano gigante con cruce de primate, nadando en las cloacas de la ciudad. Es el capítulo más escatológico hasta ahora y lo llevan con mucha dignidad. Todo sea por recuperar el entusiasmo de trabajar y buscar lo inexplicable.

Los entiendo: he pasado una semana paralizada, como si me hubiera invadido el espíritu de una larva gigante. Se me vuelve muy claro que mi adicción a las series tiene que ver con una necesidad de evasión, no es ningún misterio que lleno el tiempo porque no sé esperar y no sé qué hacer para salir de una fila de berenjenales y obligaciones que no quiero. En estos días siento una gran envidia por las personas que pertenecen a un equipo de filmación, que reciben órdenes y trabajan juntos a contrarreloj, para crear algo tan útil.

Pelos y pieles

Tersas como en *Twin Peaks*. Colores suaves, mucha lluvia,

mucho verde, niebla. No sé si habrán remasterizado la imagen, pero la fotografía es hermosa. A veces parece todo pintado por Hopper.

Scully va a la morgue y al abrir la heladera encuentra un cadáver animal. Es un campo de refugiados haitianos: la conexión vudú. Que nunca falten los estereotipos, ¿no?

A veces me pregunto si la internet de la computadora sobre el regazo no me estará friendo los ovarios.

¿Por qué envejecen los efectos especiales?

THE FALL

El título viene de una cita a Nietzsche sobre estrellas danzarinas que nacen del caos de la mente. Gillian Anderson es Stella Gibson, experta británica en asesinatos seriales. Llega de Londres a Belfast a investigar la muerte de una mujer joven, de familia rica.

Su presencia señala las tensiones entre centro y periferia, Inglaterra e Irlanda, capital y provincia.

Nota 1: el provinciano con complejo de inferioridad suele ser mal anfitrión.

Nota 2: el levante que se manda Gibson al segundo día de llegada es maravilloso. *Veni, vidi, vici*.

Nota 3: la tercera víctima se llama Sarah Key.

Stella elige a una mujer joven como ayudante. Cuando se lo comunica, la policía joven mira a su compañero pidiendo aprobación. La instruye para la primera conferencia de prensa.

La serie se va posando en pequeños detalles de micromachismo cada tanto y también hay varias subtramas de violencia contra las mujeres.

Maravillas forenses: marcas en el papel que son invisibles pero aparecen con el grafito; a cada objeto se le adhieren cositas invisibles, fibras, huellas, células.

Es interesante ver estas dos series seguidas, *X Files* y *The Fall*, porque se pueden ver dos formas estéticas que corresponden a épocas distintas. ¿La evolución tecnológica genera otras formas o es al revés? ¿La actriz creció o creció la dirección?

También hay un cambio muy grande en la perspectiva de género, quizás eso es lo que resulta esperanzador. Por ejemplo este diálogo:

Gibson: Parece que no soporta a las mujeres exitosas

Colega: ¿Quién las soporta?

G: ¿Sabés qué es lo que los hombres temen más de una mujer?

C: No

G: Que se les ríen. ¿Y qué es lo que una mujer más teme de un hombre?

C: No sé

G: Que la mate.

¿Qué tipo de heroína es Stella Gibson? Una majestuosa.

No le pidamos realismo entonces: duerme pintada, nada en piletas vacías y cristalinas, sus discursos son siempre impecables, no trastabilla jamás.

Dice cosas así: "La vida moderna es una mezcla infame de exhibicionismo y voyeurismo. La gente perpetuamente divulga

su ser interior y exterior." Y después, para tranquilizar al jefe que la acosó y a quién le rompió la nariz de un golpe: "Todos tenemos necesidades físicas y emocionales que solo pueden ser satisfechas en la interacción con otros. El truco es pedírselo a la persona correcta". Una propuesta importante de la serie es que si el miedo femenino proviene de una diferencia de fuerzas, y si se insiste en usar la biología como explicación, entonces hay que regularla, por encima de las voluntades individuales. Regular la violencia para que el o la más débil no sea protegida por él o la más fuerte sino por el sistema mismo, por el Estado, las leyes y su aplicación.

LINE OF DUTY

El personaje principal, Thandie Newton, es extraordinario. Presionada hasta el fondo, hace una defensa demoledora. Le cortan el brazo por una septicemia pero en verdad es como si ella se lo cortara para liberarse.

AC12 (Anticorruption office) tiene un jefe masón.

MINDHUNTER

Es 1977 y un joven oficial del FBI quiere entender por qué el crimen está cambiando tanto en U.S.A. Es un chico bonachón y conservador, bastante obediente, que entiende sin embargo que la criminología ya no puede sostenerse sobre los pilares clásicos, a saber: medios, motivos, oportunidad.

El muchacho encuentra un compañero más viejo, experto en comportamiento, y salen de gira por el país, a dar clases e investigar el tema en diferentes comisarías. Abundan, como de costumbre, escenas en aviones, autos alquilados y moteles.

Afuera la primavera es tersa, limpia como una sábana recién lavada, con sus colores brillantes y su olor a nuevo. Las hojas de la palmera frente a mi ventana se balancean suaves, como una melena, desparramando pequeñas chispas de verde claro, el sol partido en miguitas sobre sus hojas.

En la serie suena *Crying* de Roy Orbison.

VERA

Justo necesitaba algo así: una madre que le dice “amor” a todo el mundo. Vera es un mujer policía-detective, veterana y un poquito gordinflona. Está en la línea de la mujer de *Happy Valley*, pero menos trágica.

Es la madre de *Mentiras y secretos*, la que había dado en adopción a su hija negra, sin conocerla. Una cara vista muchas veces en películas inglesas de época, con una voz nasal. Acá tiene un acento norteño, casi escocés. Ocurre en Northumberland.

En el segundo capítulo encuentran un cuerpo y logran identificar rápidamente a la víctima. Se trata de una chica de diecisiete años que desapareció hace treinta. Vera va a avisarle a la familia. Es un barrio de antiguos mineros de carbón, hoy desempleados. Abre la puerta un señor, ella se presenta como policía, el padre pregunta inmediatamente:

—¿Es sobre Carrie?

—Sí

—¿Viva o muerta?

—Es un cuerpo, señor.

—¿Usted dice un cuerpo, como en una mujer que acaba de morir?

—No, como en los restos de alguien que murió muy joven, hace muchos años.

La serie es sobria, en clave realista, como más me gustan. No hay grandes crímenes ni dramas personales de los policías, por lo menos a primera vista. Son personas comunes, con unas vidas comunes. Un poquito de humor, suave, hay.

En otro capítulo aparece un cadáver en una pileta de estiércol, en una granja. Otro crimen que será resuelto por un pequeño grupo de policías de una comisaría de pueblo.

De tanto pasar tiempo en la pantalla me da la sensación de que la imagen se ha vuelto el fondo neutro, permanente, y la palabra es la forma singular, femenina.

Lo imagen

La palabra

VERSAILLES

Hablando de la falsa neutralidad: esta serie está hablada en inglés británico, a pesar de TODO. No nos vamos a indignar, ya hemos visto a los emperadores romanos hablando en inglés, a los faraones egipcios, a los artistas del renacimiento, etc. Pero me disgusta que el idioma imprima una identidad tan inverosímil, unos gestos que no se ajustan a la historia y que favorecen la idea, tan dañina, de que podemos entender la otredad simplemente trazando líneas de opuestos, correspondencias numéricas, sencillas traslaciones de lo propio a lo ajeno.

Un ejemplo contrario es *Peaky Blinders*: su gran regalo es el lenguaje, la riqueza de sus sonidos, la variación en las formas. Lo largo, lo breve, lo grande, los detalles, lo comprensible o la malla cerrada del dialecto. La lengua es el paisaje, la figura y el fondo y los silencios, o mejor dicho los momentos sin palabras, son también parte de ese lenguaje, sus puertas y ventanas, cúpulas y columnas.

WOLF HALL

Más allá de los fragores de la trama, esta es una serie tan rica en detalles, que conviene verla pausando con la tecla larga, como si escribiéramos en código morse ralentizado.

Por ejemplo, las escenas de la vida doméstica de Thomas Cromwell, en medio de las intrigas monárquicas y eclesiásticas. Momentos de detención en los que vemos los dibujos del sol a través de una ventana, el pan en la mesa, las alas de juguete de la hija menor, su mujer bordando una camisa, su mujer muriendo.

En el estudio de Cromwell hay unos muebles hechos de palos, como tendederos, para poner los papeles escritos a secar, las cartas ya leídas, los documentos sellados.

Cada hombre tiene trajes de muchos volados y pliegues y las mangas y cuellos terminan en un borde de puntilla, con pequeñísimos puntos de seda.

Las mujeres del rey Enrique VIII son presionadas hasta la tortura para darle un heredero. Lo más increíble y paradójico, lo que ellos no llegaron a ver en vida, es que Ana Bolena le dio al rey lo que quería, pero en forma de hija, no sin perder luego la cabeza en la guillotina. Los deseos de Enrique se cumplieron e Isabel I fue una gran reina que terminó su dinastía en ella misma, negándose a procrear.

Fascinantes las reinas inglesas, como cometas que pasan cada uno o dos siglos, provocando miedo o fascinación, o ambas cosas juntas.

Wolf Hall es perfecta, perfecta.

Tiene una mirada sobre el pasado muy compleja y una forma muy sutil de mostrar el tejido, los tejidos de que está hecha la vida humana. Contando una historia que puede ser imaginada de mil formas, pero no. Las huellas dejan direcciones específicas. Todo se puede imaginar, pero el pasado deja ciertos límites trazados en la materia. Ese equilibrio posible es como tocar una cuerda en el punto exacto para obtener el sonido justo, lo que esa cuerda puede dar en su forma más pura...

¿Sintética? buscar, buscar la palabra.

¿Es la historia del rey la historia de su sexualidad? ¿de su búsqueda de trascendencia? ¿de sus angustias? ¿de su contexto? ¿de la Historia misma? ¿Son los suyos los caprichos libres de un hombre? ¿O todos esos actos están dibujados por el destino? ¿Son sus prisioneros en la torre menos autónomos que él mismo? Y, en ese esquema: ¿qué queda para la vida de las mujeres?

Enrique corta cabezas, destierra, vuelve a cortar. La vida, en su reino, es frágil para todos.

¿Qué sentiría Ana Bolena de verse a sí misma representada por otra voz, por otro cuerpo? Diciendo, por ejemplo: Mi cuello es muy pequeño, será un trabajo breve.

En el juicio discuten, en su presencia, si llevarla a la guillotina o quemarla. ¿Con qué podemos comparar eso hoy?

En la escena de la decapitación también se cuidan los detalles. El verdugo va vestido de caballero, para que ella no lo reconozca ni se asuste a último momento. Sus damas de compañía le retiran el velo y los adornos de la cabeza, le ponen una pequeña cofia de lino, le vendan los ojos. En el pecho lleva una piedra azul. El verdugo se descalza para que ella no lo oiga acercarse, y le corta la cabeza limpiamente, en una sola pasada, suerte que Cromwell no tendrá porque le tocará un inexperto que necesitará tres intentos para degollarlo.

Las mujeres no quieren que nadie toque el cuerpo de Ana, cubren su cabeza, la ponen en un sencillo cajón de madera. Así termina la vida de Ana, muy vivida. Y la serie, lo cual es una pena. Claire Foy, la actriz, ahora está trabajando en el rol de Isabel II, en *The Crown*.

CALL THE MIDWIFE

Una amiga me cuenta que su mamá, nonagenaria, mira capítulos repetidos de *Call the Midwife* una y otra vez, como los niños. Le hace bien. Y es una serie que tiene muchas cualidades terapéuticas, doy fe. No sé si es por la imagen de esos rostros jóvenes y tersos de las enfermeras recorriendo el Londres de posguerra en bicicleta, o los bebés que ayudan a nacer, o la vida en un convento que es como un gran útero calentito y oscuro, con comida humeante esperándolas después de cada día de trabajo duro. ¿Es acaso algo cercano a una inocencia que nunca conocimos lo que nos arropa? ¿O la fraternidad entre mujeres, eso nunca mejor llamado sororidad que ahí, en un hogar creado por monjas?

Me hace pensar en el primer gobierno de Perón, por la época y su estética, los peinados, los zapatos, las sonrisas de esas mujerotas bastante parecidas a Evita, que era de la misma generación. Un mundo donde las cosas comenzaron a alcanzar para todos, un periodo en que la modernidad y la razón empezaron a cumplir sus promesas de felicidad, aunque sea por un rato.

AFTERLIFE

La odié por tantas razones que no sé ni por cuál empezar. Voy a resumir:

1. la obligación de la felicidad es, como dice Sarah Ahmed, una forma de disciplinamiento. Esta serie lo corrobora.

2. La difunta mujer del insoportable protagonista le aguantaba todo. No hay una idea más machista que esa.

Ambas tesis se complementan y combinan.

BETTER CALL SAUL

Lo desgarrador de esta serie es que ya sabemos que va a terminar todo mal. Pero ¿qué es “mal”?

Como precuela de *Breaking Bad*, además de algunos personajes, también desarrolla el dilema sobre si trabajar sirve de algo o es un invento maldito de los humanos. El trabajo para los protestantes es redención, entonces ¿por qué un hombre querría huir de él? Sobre esta pregunta se desarrolla toda la serie. Aquí el tema del atajo es mucho más sutil que en *Breaking Bad*. No son atajos sino desvíos progresivos. O progresivos intentos de escape. También comparte con ella una reflexión sobre la apariencia de las cosas y lo que fluye debajo o detrás de lo visible.

Jimmy ¿es esencialmente libre? ¿es ese el problema? Le consiguen las mejores cosas y él no las quiere agarrar, o las arruina. Es desobediente. Basta que le digan que algo no se debe hacer para que se le encienda el deseo de hacerlo. Como sea, Jimmy dejó que se abra el dique, está desatado. Ve un muñeco inflable de viento y se decide por un vestuario todo de colores. Ya que está atrapado en el trabajo, por lo menos se va a divertir. Se compra una juguera y una gaita para molestar desde su oficina en el elegante estudio de abogados.

El personaje del viejo es maravilloso. Mike. Va entregando la data de a poco. Su escena con el vendedor de armas, su manera

implacable y precisa de planear una alternativa que no sea matar, es muy interesante. Cumple una función paternal en el relato, en el sentido de ser quien garantiza la protección y la cordura.

La delicadeza de Jimmy con todos los trabajadores que se topa: conoce los códigos en el juzgado, en el salón de pies de las coreanas, en cualquier lado. Tiene calle. Cuando le ponen una abogada joven de chaperona todo se traba, porque ella no le deja usar su toque mágico.

En un momento él se cansa de tenerla encima soplándole la nuca y le dice: ¿Conocés la expresión “una olla vigilada nunca hierve”?

My way hecho por los Gipsy Kings es para largarse a llorar, mientras Kim trata de conseguir otros clientes para el estudio de abogados donde trabaja, y donde nunca la ponen de socia. Kim es un personaje muy norteamericano, y también muy universal. Es la mujer trabajadora. Tiene códigos fuertes, es dócil pero sólo si está convencida, es honesta, es despierta, es una máquina de laburar. Es, sobre todas las cosas, leal. Les trae clientes nuevos y la vuelven a basurear. Cuando la devuelven a su oficina después del castigo en el sótano ya no está contenta: algo se quebró en ella.

Lo que tienen Jimmy y Kim en común: son talentosos.

Es genial cuando Jimmy vuelve a dormir al salón de pies y le deja mensajes tiernos a Kim en el teléfono para que lo perdone.

Bueno, ya me enamoré.

Los caminos están yendo todos hacia algún lugar que va a cruzar a los personajes principales: el viejo, Jimmy/Saul, Kim. Esa horizontalidad es muy significativa. Pareciera que van manejando por un desierto sin caminos, donde tarde o temprano se van a terminar juntando. Por cierto el paisaje de esa zona es realmente tan icónico que no es descabellado pensar que hay algo de ese lugar que significa cosas muy profundas para el norteamericano promedio, pero desde acá no sabemos qué.

Los personajes que hacen de pelotudos están tan bien elegidos que no se puede creer: el corredor de bolsa agrandado, el que vende drogas y no caza una, el del bar.

El tema de los latinos es lo único que no me gusta. La serie los trata con demasiada simplificación y estereotipo.

La relación entre Kim y Saul está pintada con gestos muy pequeños que, cuando ocurren, son potentes por esto mismo,

por su escasez. Cero sentimentalismo. Sí hay romanticismo en el sentido de que él es un caballero y ella le responde con lealtad total.

Celular, Blockbuster, y poca internet, ¡qué lindo mundo era ese! En algún momento dicen que es el año 2003.

En la temporada 3 se ve de manera más nítida la preocupación por el cruce de las líneas entre la cordura y la locura, la honestidad, o mejor dicho la legalidad, y el crimen.

La relación de Jimmy con los viejos tiene que ver con su sentido de la compasión, de querer cuidar a los más débiles y también de haber sido el hijo de un padre que, de tan bueno que era, dejaba que se aprovecharan de él. Ahí hay un núcleo de dolor.

Albuquerque me hace pensar siempre en Chris Kraus

Hay un flashback del pasado de Kim: una niña criada con una madre alcohólica que la dejaba abandonada a cada rato. Kim se crió sola y sin privilegios.

Entre Kim y Saul ¿hay muy poca comunicación? No, no es eso. Se comunican muy bien, con pocas palabras. Ella es tan legalista que no puede ni dejar los vidrios rotos de una botellita que tiró a la calle.

El casamiento. Ese horizonte tan fundamental en la cultura norteamericana, aquí sucede sin preámbulos casi, breve y seco como un granizo sin lluvia. Pero los ojitos reidores de Kim son dos diamantes y la dulzura del segundo beso de Jim es quizás lo más emocionante que he visto en materia de escena amorosa, en muchas series y películas. Ese día cada uno sigue en sus cosas y urgencias, y a la noche veremos la primer escena un poco más explícita de sexo entre ellos pero en seguida se interrumpe por algo.

Entre ellos no hay celos, sino siempre una disposición a jugar.

Odisea del desierto. Miedo. Terror. Es la primera vez que se lo ve así a Jimmy. Fragilísimo. Pero Mike es infinito y no se rinde. Estar ahí con siete millones de dólares y no tener agua para beber, solo pis en una botellita.

Saul es un ser que sabe que todos somos Sísifos. Por eso le obsesiona la búsqueda de un atajo y por eso no se resiste a timbear con todo. Sus fuerzas vitales siempre están apostando en esa dirección. Ahora que su hermano ya no vive, su personalidad se despliega casi sin trabas.

Veremos como sigue en la próxima.

SOBRE LA AUTORA

Leticia Obeid (Córdoba, Argentina, 1975). Vive y trabaja en Buenos Aires desde 2004. Se graduó en la Escuela de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba en 2001, como Licenciada en Pintura. Obtuvo una beca de la Fundación Antorchas para perfeccionamiento en el área de video en 2003. Fue artista residente en Atlantic Center for the Arts, E.E.U.U. (2001), Cité International des Arts, París (2007), Casa Vecina, México (2011) y en un programa de Mellon Foundation en los Colleges Swarthmore, Brynmawr y Haverford, Pennsylvania, E.E.U.U. (2015). Participó de los premios Petrobrás-ArteBA (2006), Klemm (2012), Braque (2013), de la 6° Bienal del Mercosur, Porto Alegre (2007) y de la 54° Bienal de Venecia (2011). En el 2010 obtuvo el primer premio en el concurso Nuevos Narradores, del Centro Cultural Rojas, Universidad de Buenos Aires. Publicó las novelas *Frente, perfil y llanura*, (2013) y *Preparación para el amor* (2015) en la Editorial Caballo Negro y *Bajo sus pies* (2020) en Blatt & Ríos. También el libro monográfico *Leticia Obeid. Escribir, leer, escuchar*, Blatt & Ríos, 2015. Su sitio web: www.leticiaobeid.com

SOBRE LA COLECCIÓN

Objetos Personales busca difundir el trabajo de escritores y artistas argentinos contemporáneos acercando al lector un catálogo en eBook compuesto por ensayos narrativos y visuales en formato breve.

Ensayos levemente distraídos del eje de los géneros, dispuestos a abrirse a la rareza y a exponerse en los vaivenes del hacer. Relatos e imágenes que aún no tienen un lugar o un destino definido. Conversación misteriosa con los artefactos: diarios de viaje, crónicas y biografías, listas y capturas, archivos y bocetos de una obra por venir.

Tocamos, miramos, escuchamos. Nos dejamos interceptar. Imaginamos una colección.



ubu.com.ar

[@ubuediciones](https://www.instagram.com/ubuediciones)

contacto@ubuediciones.com.ar